

IX.

Mejora la salud del rey.

La noticia de la enfermedad del rey se había esparcido en Inglaterra casi al mismo tiempo que en Francia, y como en Francia, había producido grandes divisiones. El rey Ricardo y el duque de Lancaster, que apreciaban á Carlos, sintieron extraordinariamente su desgracia. El duque de Lancaster, sobre todo, deploraba aquel incidente como fatal, no solo á la Francia, sino á toda la cristiandad.

— Esa locura es una desgracia indefinible, repetía con frecuencia á los caballeros y escuderos que le rodeaban, porque el rey Carlos era hombre de carácter y de poder, y deseaba tanto la paz entre los dos reinos, á fin de marchar contra los infieles. Ahora se retardará considerablemente la expedición, porque era el alma de esta cruzada: ¿y quién sabe si llegará á efectuarse?

En efecto Murad-Bey, cuyo nombre hemos traducido en francés por el de Amurad, y á quien llama Froissar en su antiguo lenguaje el Morabaquin, acababa de apoderarse de Armenia y amenazaba destruir el imperio cristiano de Oriente. El rey Ricardo y el duque de Lancaster eran de parecer que la tregua acordada cuando la entrada de madama Isabel en París, debía continuar y ser además prolongada.

El duque de Gloucester y el conde de Essex opinaban lo contrario; habían atraído á su partido al conde de Buckingham, condestable de Inglaterra, y los secundaban los caballeros jóvenes que deseaban adquirir laureles; pedían la guerra, diciendo que era propicio el momento, al expirar la tregua de la gran turbación en que ponía á la Francia la enfermedad del rey, para reclamar la ejecución del tratado de Bretigny. Pero triunfó la voluntad de Ricardo y la del duque de Lancaster; y reunidos en Westminster los parlamentos, compuestos de prelados, nobles y comerciantes, decidieron que la tregua por mar y tierra firmada con la Francia, y que expiraba en 16 de Agosto de 1392, se prorrogaría por un año.

Durante este tiempo, los duques de Berry y de Borgoña gobernaban á su capricho el reino de

Francia. No se había disminuído el odio que á Clissón tenían, y su destierro de París no les pareció bastante castigo : su venganza pidió más y lo consiguió. Como el condestable había salido de Monlhery, que por estar demasiado cerca de la corte no se creyó seguro en él, y se había refugiado en un fuerte que poseía en Bretaña, llamado Chatel Gosselin, conocieron los regentes de la corona que no podrían apoderarse de él, pero al menos quisieron despojarle de sus dignidades y empleo. Con este motivo se le citó para que compareciese delante del parlamento de París, á fin de responder á los cargos que se le hacían, bajo pena de verse degradar, de sus títulos y de perder su cargo de condestable.

El proceso se instruyó con orden : concediéronse todos los plazos que en semejantes casos obtienen los culpables ; en fin, cuando expiró el último plazo se le llamó tres veces en la sala del parlamento, tres en la puerta del palacio y otras tantas al pie de la escalera del tribunal ; y como no respondió, ni persona alguna por él, fué desterrado del reino por traidor á la corona de Francia y multado en 100.000 marcos de plata, en restitución de las extorsiones, que según se le acusaba, había cometido durante el ejercicio de su cargo, y

finalmente, se le despojó para siempre de su empleo de condestable.

El duque de Orleans fué convidado para aquella sentencia ; mas ya que no podía impedirle, no quiso sancionarlo con su presencia, y se negó á asistir al parlamento ; pero no faltaron los duques de Berry y de Borgoña, y la sentencia se dió en su presencia y en la de un gran número de barones y caballeros.

Este fallo hizo mucho ruido en todo el reino, y fué recibido de muy distinto modo, aunque todos convenían en que se había procedido acertadamente en aprovecharse de la enfermedad del rey para pronunciarle, en atención á que, si hubiera estado bueno, no se habría aprobado.

Sin embargo, todos los días se sabían noticias milagrosas acerca del estado de su salud. Una de las cosas que más habían contribuído á distraerle de su melancolia, era una invención de un pintor llamado Gringonneur, que vivió en la calle de la Vidriera. Odetta se acordó de ese hombre, que había conocido en casa de su padre : le escribió que fuese á palacio y llevase las estampas caprichosamente iluminadas que le viera hacer.

Gringonneur pasó á la real morada con una bajoraja.

El rey manifestó sumo gusto al ver aquellas pinturas, mirólas al principio con la cándida curiosidad de un niño; pero se entretuvo más y más con ellas á medida que fué recobrando la razón, cuando supo que cada una de aquellas figuras tenía un significado, y que podía ocupar un puesto en un juego, alegórica imagen de la guerra y del gobierno.

Gringonneur le dijo que el *as* debía tener la primacia entre todos los naipes, sin exceptuar los reyes, porque su nombre se derivaba de una palabra latina que significa *dinero*, y nadie ignora que el dinero es el nervio de la guerra; y hé ahí la razón por qué cuando un rey no tiene *as* es tan débil, que puede ser batido por un criado que le tenga.

Díjole que el *trèfle* (1), esta hierba de nuestras praderas, tenía por objeto recordar al que la cortaba, que un general no debe nunca acampar en sitio en que pueda faltar el forraje á su ejército. En cuanto á las *piques* (2), no era difícil adivinar que representaban las alabardas que en aquella época lleva-

(1) Corresponde á los bastos de nuestra baraja, y significa *trèbol*, planta de tres hojas.

(2) Corresponde á las espadas.

ban los infantes. Los *carreaux* (1), los hierros con que se arenaba el extremo de las flechas que se arrojaban con una ballesta. Los *cœurs* (2) eran evidentemente el emblema del valor de los capitanes y de los soldados. Por otro lado los cuatro nombres de los cuatro reyes, David, Alejandro, César y Carlo-Magno, no probaban que por más numerosas y valientes que sean las tropas, es preciso si se quiere alcanzar la victoria, colocar á su cabeza jefes prudentes, animosos y experimentados. Pero como los valientes generales necesitan también ayudantes valientes, se les eligió para escuderos entre los antiguos, á Lancelot y Ogier, que fueron, parece, de Carlo-Magno, y entre los modernos, á Renaud, castellano de Coucy y á Hector de Galard. Como este título de escudero era solo honorífico, y le llevaban los señores más poderosos antes de ser armados caballeros, los mencionados escuderos representaban á los nobles y tenían á sus órdenes los nueves, los ochos y los sietes, que representaban los soldados.

En cuanto á las damas, Gringonneur no les había dado todavía otros nombres que los de sus maridos, indicando con esto que la mujer nada vale por sí

(1) Corresponde á los oros.

(2) Corresponde á las copas.

sola, y que no tiene más fuerza ni más esplendor que el que recibe de su señor y dueño.

Esta distracción volvió al rey la tranquilidad de espíritu, y la tranquilidad del espíritu le hizo recobrar las perdidas fuerzas. Empezó á beber y á comer con gusto; aquellas horribles pesadillas, hijas de la fiebre, desaparecieron poco á poco con ella; ya no temía descansar en la cama, y con tal que Odetta velase á su lado dormía bastante tranquilo.

Una mañana le encontró maese Guillermo bastante fuerte para poder montar una mula. Al día siguiente le trajeron su caballo favorito, dió un largo paseo, organizóse, en fin, una caza de alondras, y Carlos y Odetta con el halcón en la mano se presentaron en los campos circunvecinos, donde fueron recibidos, él con gritos de alegría, ella con gritos de agradecimiento.

En la corte de Francia no se hablaba más que de la cura del rey y del modo milagroso con que se verificó. Muchas damas tenían envidia de la hermosa desconocida, cuya conducta, según ellas, no era más que cálculo; todas decían que habrían hecho el mismo sacrificio, y no hubo una sola que se ofreciese en los días desgraciados; se temía la influencia que aquella joven por poco ambiciosa

que fuere, podía tener con el rey. Hasta Isabel se arrepintió de su propia obra; mandó llamar á la superiora del convento de la Trinidad, envió ricos regalos á su comunidad, y le dijo que podía llevarse á su sobrina. Odetta recibió la orden de regresar al convento.

El día señalado para su marcha, Odetta se acercó al rey con los ojos llenos de lágrimas, y dobló una rodilla: Carlos la miró con temor, y creyendo que le había causado alguna pena ó alguna inquietud, la levantó preguntándole por qué lloraba.

— Señor, dijo Odetta, lloro porque es preciso que me separe de vos.

— ¡ Abandonarme tú, Odetta! dijo el rey admirado; ¿ y por qué, hija mía?

— Porque ya no me necesitáis, señor.

— ¿ Y temes tú permanecer un día más al lado de un pobre insensato? Sí, tienes razón; arrebaté ya demasiadas mañanas á tu hermosa y alegre vida para obscurecerlas con la sombra de mis noches; arranqué bastantes flores de tu fresca corona para marchitarlas con mis ardientes manos; te cansaste de la reclusión en que vives, y el placer te llama. Ve.

Y se sentó dejando caer la frente en su mano.

— Señor, la superiora de la Trinidad es la que viene á buscarme, y el convento es el que me reclama.

— ¿ Luego tú no quieres abandonarme, Odetta? dijo el rey levantando la cabeza.

— Mi vida es vuestra, señor, y sería feliz si hubiese podido consagrársela hasta exhalar el último suspiro.

— Y dime, ¿ quién te aleja de mí?

— La reina y vuestros tíos de Borgoña y de Berry.

— ¿ La reina, mis tíos de Borgoña y de Berry me abandonaron en mi debilidad, y quieren volver á mi lado después de que he recobrado la fuerza? Odetta, Odetta, dime, ¿ tú no quieres abandonarme?

— No tengo más voluntad que la de mi amo y señor. Haré lo que él me mande.

— Pues bien, yo te mando que te quedes, dijo Carlos con alegría. Este castillo no es para ti una cárcel, hija mía: los cuidados que me prodigas no son únicamente de piedad. ¡ Oh! si así fuese, Odetta, ¿ qué feliz sería yo! Mírame, mírame otra vez. ¡ Oh! no te ocultes.

— Señor, señor, ¿ queréis que muera de vergüenza?

— ¿ Sabes, Odetta, dijo el rey agarrándola de

las dos manos, que me he acostumbrado á verte, por la tarde cuando me duermo, por la noche cuando sueño, por la mañana cuando abro los ojos? ¿ Sabes que eres el ángel custodio de mi razón, la vara mágica que arrojó á los demonios que aullaban á mi alrededor? Tú has purificado mis días y tranquilizado mis noches. ¡ Odetta! ¡ Odetta! El agradecimiento es muy débil sentimiento para tales beneficios. ¡ Odetta! ¿ sabes que te amo?

La hermosa joven dió un grito, apartó sus manos de las del rey y se quedó temblando delante de él.

— Monseñor, monseñor, ¿ qué me decís?

— Que sin ti no puedo vivir. Yo no fui á buscarte: ignoraba que existiera tu alma de ángel; adivinaste que aquí se padecía, y aquí viniste. Te debo cuanto tengo, porque te debo mi razón, y mi razón es mi poder, mi fuerza, mi cetro, mi imperio. Bien, vete, y me dejarás tan pobre como me encontraste, porque la razón me abandonará contigo. ¡ Oh! al pensar que te voy á perder flota ya en una nube.

Llevóse las manos á la frente.

— Dios mío, continuó con espanto, otra vez loco! ¡ Dios mío, Señor, apiadaos de mí

Odetta dió un grito y se acercó al rey.

— ¡ Oh! señor, señor, no habléis así.

Carlos la miró con ojos desencajados.

— ¡ Oh ! señor, no me miréis, no me miréis. ¡ Dios mío, es vuestra mirada insensata que tanto daño me ha hecho !

— Tengo frío, dijo Carlos.

Odetta se precipitó en los brazos del rey apretándole contra su pecho para calentarle, y rodeándole con los suyos con todo el abandono de la inocencia.

— Aléjate, Odetta, aléjate, dijo el rey.

— No, no, replicó Odetta sin oírle; no os volveréis loco: Dios recibirá mi sangre, mi vida, y os dejará en cambio la razón; me quedaré á vuestro lado, no me separaré de vos un minuto, ni un segundo; seré vuestra sombra.

— Estarás así... en mis brazos.

— Así, así.

— Y me amarás, añadió Carlos, obligándola á sentarse encima de sus rodilas.

— Yo, yo, dijo Odetta cerrando los ojos y reclinando su desgredada y pálida cabeza en el hombro del rey; ¡ oh ! ¡ no debo, no puedo !...

Los ardientes labios de Carlos le sellaron la boca.

— Perdón, perdón, señor, me muero.

Y se desmayó.

Odetta se quedó.

X.

El baile de máscaras

Algunos días después de la escena que acabamos de contar, y estando Odetta á los pies de Carlos, mirándole con la cabeza apoyada en sus rodillas, entró precipitadamente Guillermo anunciando á la reina.

— ¡ Ah ! dijo Carlos, ya no teme venir á ver á un loco; como le han dicho que ha recobrado la razón, se arriesga á entrar en la cueva del león. Introducid á la reina en la antecámara inmediata.

— ¿ Qué tienes ? dijo el rey á Odetta.

— Nada, respondió la joven, enjugando una lágrima.

— ¡ Eso es una locura ! dijo el rey.

Después de haberla cogido la cabeza entre ambas